NO ES BROMO EL BROMURO NI YODO EL YUDURO

Por el Dr. Ricardo E. Manuell.

He aquí, como una, dos proposiciones que no son peregrulladas, aunque lo parecen; y que sólo pretendo dejar apuntadas como incontrastables desde el punto de vista terapéutico, sin desconocer, por supuesto, ni menos preterir la parte del concepto naturalmente extensible a las actuaciones fisiológica y tóxica de las unas y las otras sustancias; sino antes al contrario.

Voy a explicarme. Síguense achacando a los halógenos sobre dichos propiedades casi, o sin casi, exclusivas de sus haloideas, sólo por inquebrantable fidelidad a los clásicos, llanamente explicable porque es quien es la rutina cuando vieja, y se vuelve a la senectud más dogmática, más dominante y muy más obstinada, sosteniéndose en su ser así le reboseen las falsedades, hasta el buen día, por lo común muy retardado, en que al quedar éstas en descubierto, se vienen abajo con ruido o sin él creencias más o menos caras, a las que regularmente se entierra sin pompa, pero no sin tristeza.

Razonemos. Bien está que para inquirir la acción y pasión de una substancia en el organismo se la introduzca en él, al natural, y se ponga uno a atisbar por todos lados cuanto haga y le hagan allí dentro. Pero mal y muy mal cuando pasando al otro extremo, se procede, verbigracia, haciendo tragar la tal substancia, protegiéndola con envoltura que resulte invulnerable dentro del tubo digestivo.

Grado más o grados menos, verdad trillada es que de este segundo modo se ha procedido a las veces, contándose entre estas raras el caso del bromo y el yodo, traído a exhibir en este escrito, a mi pesar de tan mal pergenio, por si de entre los nuevos y vigorosos retoños que últimamente le han salido a esta ya no como en mi tiempo asendereada Academia, hubiere, alguno a quien lo que aquí diga yo le incitare a revisar y corregir, si, como lo parece, tal merece el respectivo importante capítulo de terapéutica aludido en lo tan premiosamente susodicho.

No hay tratado de esta materia en que no se hagan extensivas y se atribuyan al bromo actuaciones de bromuro y al yodo las pertenecientes a los yoduros como si fuera letra muerta el que los sim-

ples, sólo mientras lo son, ejercen plenariamente sus propiedades; pues éstas se modifican, se transforman, se mudan y aun las hay que desaparecen cuando los tales se ayuntan entre sí conforme a las leyes de la química.

En el caso particular que vengo a plantear, el escollo opuesto a los trabajos experimentales correspondientes estuvo en las propiedades cáusticas de los metaloides en cuestión. Ha tenídose entonces por indispensable recurrir a los compuestos donde se elimina la causticidad, y, con ella, las principales dificultades de la empresa. Pero se ha incurrido en el error grave y trascendental de escoger, de toda preferencia justamente las combinaciones, de nombre bromuros y yoduros, a las que menos se debió concederla; pues a causa de la fuerte estabilidad de ellas, tenían que tener, entonces, como en efecto tienen tanto el elemento bromo como el elemento yodo cada uno en su respectivo caso, restringidísima su facultad de obrar como simples.

Por tanto, ya que en verdad casi desde al incoar el proceso de la inquisición experimental no se tiene más remedio, para salvar el obstáculo de la causticidad, que echar mano de compuestos brómicos y yódicos, procédase así en buena hora; pero aprovéchense para ese fin aquellos que por su menor estabilidad sean más capaces de cederle al organismo o, mejor dicho, de incorporarle la substancia metalóidica, de la cual, en tal caso no harían más que oficio de portadores.

De seguro ya mis pacientes auditores han comprendido que estoy queriendo referirme a las ventajas que tendrá y a la mayor exactitud de resultados que habrá de dar el empleo de ciertos compuestos, como las bromalbúminas y las yodalbúminas, en lugar de los bromuros y yoduros alcalinos, para un mejor conocimiento del papel jugado por el bromo y el yodo en el organismo humano sano o enfermo.

Es claro que desde *a priori* podía preverse que tanto la bioquímica brómica como la yódica tendría que serle mucho más fáciles y expeditas a nuestra economía cuando los tan repetidos simples se le ministraran en combinación orgánica, que cuando en mineral; así como que por ningún lado se vería aparecer razón alguna valedera para equiparar lo observado con bromo o yodo orgánicos a lo respectivo con bromuros o yuros inorgánicos. Y de aquí afirmar que el metabolismo del bromo y del yodo se encontraría en el un caso exonerado de dificultades presentes en el otro, no hay distancia.

Además, es fuerza agregar que por lo menos en la clínica, en aquella vieja clínica que mientras más vieja nos es más cara a los

viejos médicos los resultados generalmente obtenidos confirman esas previsiones de la manera más cumplida.

Por cuanto al yodo se refiere, vine aquí, ya un año más que corrido, casi uno y medio, a tratar algo de ello; si bien limitándome en esa vez, sobre el punto de vista que traigo hoy y someto a vuestra benévola, tanto como juiciosa consideración, a cuestiones íntimamente relacionadas con la especificidad antifímica de la medicación yódica. Pero fuera de esta cualidad excelsa del yodo sobre la cual se ha podido decir que "puede ponerla en duda quien no lo haya empleado, o no lo haya empleado bien, o haya llegado tarde con el remedio", tiene otras varias, a cual más interesante y útil, de las que unas, como esa misma, no hubiere sido posible sacarlas a plena luz, y otras hacerlas bien patentes, mientras la medicación yódica no fuera tal, como no lo había sido en ninguna parte ni lo es aún fuera de aquí, sino yodúrica, como en todas partes lo fue de modo casi exclusivo hasta relativamente muy poco ha.

Ahora bien, de esas varias, puestas claramente de manifiesto en la clínica —mi único y poco extenso campo de estudio—, me arriesgo a darles suelta a unas cuantas de las que en el magín se me han catalogado con cédula de hechos ciertos de observación; y las cuales, quedando sobreentendido que también eso las trae, se pirran por salir a correr mundo, pero no sin antes armarse bien con patente de confirmación expedida por autoridades mayores.

Paso a exhibirlas. Mas advierto que adrede presento desordenados a los tales hechos, y como a granel; sin intentar siquiera una clasificación que, bien mirado, no pudiendo yo ver nada suficientemente claro respecto a por qué se producen, tampoco la podría hacer; porque estando la infección tuberculosa literalmente extendida a todo mundo, no acierto cómo, con algún orden, se pudiera apartar de entre el montón de efectos benéficos de la medicación yódica, los debidos a actuaciones diferentes de la antifímica, de los resultados de ésta, directa o indirectamente, en los casos donde el germen fima-tósico interviniera según ya se sospechara o sin que nadie todavía lo hubiere ni imaginado.

Empiezo por su actuación sobre los tegumentos. La medicación yódica hace recobrar a la piel, sobre todo a la del viejo y mayormente del viejo prematuro, tersura y elasticidad. La despercude de pigmentaciones del tipo del cloasma; reduce de tamaño las glándulas sebáceas hipertrofiadas, inclusive canal y poro escretores, benefician-

do así a los seborreicos, como ningún otro medio; hace desaparecer las pecas y verrugas seniles, contra las que nada o casi nada habían podido hasta hoy los señores dermatólogos; suaviza el cutis áspero y escamoso, alcanzando su virtud sobre este punto hasta poner normal gran parte y mejorar notoriamente al resto de la piel ictiósica (a juzgar por dos observaciones que desgraciadamente no se pudieron seguir más que seis meses una y poco más de ocho la otra), resultando que parece no haberse obtenido jamás con ninguna otra terapéutica. También normaliza las secreciones mucosas, mereciendo muy especial mención, bajo este concepto, el hecho muy ostensivo para muchísimos de los pacientes sometidos a medicación yódica, de que al efectuarse la evacuación del intestino, el bolo fecal normal sale bien lubricado con moco, se expulsa muy fácilmente y no deja orlado de excremento el orificio.

La obra antiesclerosa del yodo es de lo más notable. Conocida de antiguo, sí, mediante observaciones con yoduro. Pero nunca tan evidente, tan manifiesta, como la que hace ver la yodocaseína en la arterioesclerosis, verbigracia. Poniendo primero en juego su virtud linfagoga, la medicación yódica empieza por moderar la hipertensión arterial y las manifestaciones de ésta, merced a la disminución de la masa sanguínea en circulación; y continúa después su beneficiosa obra esclerolítica, realizando el prodigio de ir efectuando progresiva rebaja, hasta nulificación total, del envejecimiento patológico de arterias, venas y capilares. Asaz justificado se ve así entonces, el decir que siendo la vejez una esclerosis, siendo el yodo el esclerolítico magno, y siendo las yodalbúminas del tipo de la yodocaseína el mejor medio de administrar el yodo, representan éstas, hoy por hoy, la única terapéutica medicamentosa en que se puede confiar para alcanzar la verdadera agerasia. Y en relación con esta propiedad fibrolítica del yodo, conviene traer a cuento el hecho, observado con señalada constancia, de que, tanto suaviza la dureza de las tiesuras y rigideces articulares y periarticulares generalmente achacadas de modo casi exclusivo a la edad avanzada (magüer ésta sólo sirva entonces de solapa a larvados o disimulados maleficios del germen fímico), y hace a las coyunturas recobrar flexibilidad y amplitud de movimientos, como ablanda, literalmente, este precioso agente terapéutico, la pelvis de las primíparas "pasadas de edad", al grado de facilitárseles su primer parto de manera no poco sorprendente para quienes observan el caso por primera vez. Conocimiento éste, dicho sea entre paréntesis,

del que no digo nada con relación a la importancia de difundirlo hasta su completa vulgarización.

En cambio, vale bien la pena de hacer resaltar otro hecho de observación, diario y frecuentísimo, cual es el de no haber casi quien entrando en días, que es como si dijéramos de cincuentón arriba, sin llegar, por supuesto, a extremidades, sometido a la acción del yodo, no tenga, encima de euforia más o menos considerable, la sensación de mayor fortaleza orgánica, de más aptitud para el trabajo, y de cierto recobro de la pasada lozanía con sus correspondientes expresivos y vigorosos despertares del apetito sexual y la potencia genésica de los años mozos; y no sin que a todo eso deje de corresponder un exterior, por lo común, manifiestamente remozado. ¿Consecuencias de ser el yodo (cosa pasada ya en autoridad de materia juzgada) el supremo estimulante general de la nutrición? ¿Efectos de acciones apenas vislumbradas, sobre órganos de secreción interna, más presuntivamente el tiroides? ¿Otro mecanismo ya conjeturado aquí o acullá, o tal vez ni siquiera sospechado todavía por ningún lado?... Averigüelo Vargas. Lo mismo que tantas otras cosas más o menos relacionadas con lo que voy diciendo y, al decirlo, me va despertando deseos vehementes de excitar lo más intensamente posible los de investigación de los Vargas de la Academia.

Llamado el yodo un tiempo "el específico del terciarismo sifilítico" en demasía ha sabido al último hacer saber que sus virtudes antisifilíticas no dejan de ser activas y efectivas durante todo el indefinido decurso de la enfermedad; y que, empleado a dosis suficiente, su sólita y notoriamente rápida actuación fundente y resolutive de los endurecimientos postchancrosos persistentes, es fastuoso derroche de elocuencia demostrativa de su eficacia cierta, desde las más tempranas manifestaciones de la lúes. Y aquí se siente de nuevo la necesidad de invocar las capacidades de otro Vargas para definir, desenmarañando, lo que de endurecimientos de los de punto de partida, al parecer, angioescleroso puro, corresponda a la asociación fimolúctica y lo que haya de cargarse a la cuenta particular de los socios, cuando cada uno obre por separado.

Regulación del metabolismo por el yodo, hecho de observación un tanto cuanto pasmoso al principio, no llama ahora la atención de nadie; como que ya ni para el vulgo es motivo de sorpresa ver a unas gentes engordar y a otras enflaquecer de resultas de la medicación yódica.

Cuánto menos conocidos son porción de otros hechos, miembros, al parecer, de una misma familia o, si no con verdadero parentesco biológico, por lo menos de mutuo y fuerte engarce fisiológico; aun cuando todavía no pueda verse, de manera tan distinta como fuera de desearse, ni cómo ni adónde anda esa conexión funcional que no por no habérsenos revelado aún, ha de dejar de llegar a ser algún día menos apodéctica, si no me engañan las inferencias a que me han conducido mis no sé si demasiado arriesgadas especulaciones, de las que, naturalmentè, hago gracia a mi consideradísimo auditorio, visto que emprender el relato de ellas sería proceder en infinito.

Pero si no a todos esos hechos, siquiera a dos de los para mi más precipuos y meritorios, juzgo debido echarlos al montón común que con ellos y los ya apuntados voy formando de la manera que lo dije arriba. Los expongo en seguida.

1o.—Desde la vida fetal se destaca la acción del yodo sobre la nutrición; y así lo he dejado ya escrito en otra parte, de donde tomo la esencia de la siguiente transcripción: “El organismo humano necesita yodo desde antes de nacer. Por lo regular, bajo medicación yódica paren y crían las mujeres hijos más robustos que los que ya hayan tenido; y aumenta, por añadidura, su aptitud para nuevas concepciones. Conviene notar, además, ser regla general el que el yodo mejore en cantidad y calidad la leche de las nodrizas; cosa que muy a poco confirma y pone de manifiesto el simple aspecto del crío.” ¿Estará por demás, o fuera de lugar, agregar que en la adquisición de este conocimiento, respecto al caso de la raza bovina, parecen habérsenos adelantado los ganaderos?...

2o.—Será o no por mediación del cuerpo tiroides, contra cuyos disturbios funcionales con nada superior al yodo cuenta la terapéutica, sea cual fuere la dirección que tomen y, por ende, el síndrome que créen; pero el caso es que lo dije ya otra vez, casi no hay sujeto de los que habitualmente tienen extremidades frías y temperatura central inferior a la normal, que no “entre en calor” con medicación yódica; y añado hoy, así pueda este aditamento parecer inco-nexo sobornal, que se ve a lívedos, acrocianosis y otras expresiones de desconciertos vasomotores más o menos persistentes, así como a eritemas de los que parecen corresponder al tipo más elemental del polimorfo, tocar pronto retirada, compelidos por la acción del mismo recurso, cuyo apremio, empero, más bien parece entonces emanado de autoridad antifímica específica. Y como, de igual manera, mu-

chas otras sumisiones al orden fisiológico normal parecen resultantes de obligada obediencia a mandamientos de la propia potestad, se conciben, allá como aquí, dificultades y aún imposibilidades para deslindar cuándo la acción del yodo, sin parecerlo, no es más que anti-fimatósica en su mayor parte, si no en su totalidad.

El psiquismo de los intelectuales, más conocidamente tal vez el de los médicos, es como si también tuviera uno a modo de pH, especie de índice susceptible de oscilar de acuerdo con ciertas variantes humorales de la reacción ácidobase de la mentalidad de cada quisque, haciendo papel de oculto director de las determinaciones decisivas, necesarias de tomar en las situaciones litigiosas o de simple duda; pero exigentes de resoluciones más o menos prontas, así no fueren más que provisionales. Este tal, en el ejercicio corriente de la terapéutica diaria, sería el que, por excesiva acidosis del humor mental, induce a prescribir con profusión medicamentos de moda; alcalosis muy considerable, da lugar a que luego surjan justificadamente apreciaciones del género de la tan llevada y traída de "la administración de yoduro de potasio siempre que el médico no sabe qué hacer" de Nothnagel y Rosbach; por extrañas reacciones anfóteras o de rara inestabilidad, a no pocos no trae aquí a devanear y nos lleva acullá a despotricar largo y tendido sobre temas a cuya seriedad no le van bien salpicaduras jocosas, pues no otra cosa son ciertos cambios humorísticos de tono que quieren ser regocijados y no pasan de humoradas aceptables al pronto, más criticables tarde o temprano aun por uno mismo; etc., etc.

Y bien, ¿hay lugar a pensar que un supuesto pH 7 psíquico, neutro, no es el que no sólo corrobora el hecho conocidísimo y fuera ya de toda controversia, de no existir medicamento con tantas indicaciones como el yodo, sino hace que el número de éstas no cese de crecer? Antes que esa, mi opinión es la contraria. Como debe de ser también, a no dudarlo, la de todo el que acerca de ésto discurra, toda vez que sobre la función vital por excelencia, la nutrición, tiene el yodo una acción a la que está muy lejos de aproximarse ningún otro agente terapéutico. Y cuenta que no son contados los que se pueden contar, en cuanto se revisa la cuenta de cuantos han contado con contarse entre los competidores.

Si a mayor abundamiento se vuelve la cara hacia el lado de la virtud específica del yodo en el **mal universal**, enfermedad que es la más tremenda, la multiforme por naturaleza, la de las incontables

larvas engañosas, la de las infinitas expresiones sintomáticas defraudadoras por regla y francas por excepción, la que indefinidamente puede vivir solapada y luego aparenta presentarse sólo al llamado de otros males, cuando en realidad es ella la que a muchos de éstos prepara terreno y abre puerta para, al mismo tiempo y después, ponerse a hacer del árbol más o menos resentido toda la leña que puede; si se mira de ese lado, repito, se encuentra ser en número incalculable las indicaciones del yodo, visto que igualmente incalculable es el número de casos dondê hay lugar a pensar o, mejor dicho, donde está uno obligado a no olvidar que la universalidad de la polilla fímica debe de poner frente a uno, como lo hace, en efecto, con una frecuencia insospechable, el problema, no pocas veces insoluble, de si tiene uno que habérselas con un mal tuberculoso o con un mal en un tuberculoso.

Más allá de todo esto, que, naturalmente, no es todo lo que hay que decir, y eso en firme, se conjeturan aun se divisan, claro está, nuevos horizontes de aplicación de la yodoterapia. Dígalo, si no, un reciente artículo del Dr. Carlos A. Franco, acerca de la acción del yodo contra padecimientos gonocócicos; artículo venido a mi conocimiento tan últimamente, que aunque lo haya yo ingerido a esta altura es en realidad un post scriptum.

Así, pues, barajando sin ningún empacho aserciones propias con ajenas, según ya arraigada costumbre que en mis exposiciones vuéltoseme ha necesidad, harto más aún podría decir en relación con este fecundo tema de las indicaciones de la medicación yódica. Guárdomelo, sin embargo, cual reserva, para mejor ocasión, sea ésta lo remota que fuere, y aunque no poco de lo guardado yo lo tenga en mucho por estar compuesto en buena parte de cosas, especies y ocurrencias un si es no es originales, como la de mi hipótesis de andar la hipoyodosis y la hipobromosis en el substrato de algunas inferioridades físicas y mentales en niños y jóvenes, y de algunos estados de apática indolencia en toda edad. Como también, aunque entre lo reservado se queden observaciones de tanta envidia cual la de la mayor resistencia a muchas infecciones conferida por el yodo a la raza humana, semejantemente a la dada a los bovinos y, al parecer, conocida de los ganaderos, ¡como lo otro!, antes que de los médicos.

De esta guisa, además de no meterme en más embolismos, procuro ser consecuente con mi propósito de venir a tratar de temas cosechados, bien o mal, en campos de observación y no de mera especulación o discurso de pura imaginación.

Interrumpo aquí, en consecuencia, la exposición de esto que suelo llamar mis agencias yódicas, para añadirle la de las que por analogía he debido apellidar brómicas. Pero me apresuro, con fines de atenuación de la consiguiente alarma despertada por semejante anuncio de prolongación de esta lata que estoy dando con toda conciencia y contra lo que yo mismo quisiera, a advertir que, ni queriéndolo, podría hacer estiramientos efectivos de cuestiones, si expresivas en demasía y anunciadoras de otras de mayor extensión y trascendencia, a mi entender actual, no por eso menos reducidas y poco extensivas de suyo; con exclusión, por de contado, cual ahora, sirven para abusar de una tan bondadosa paciencia académica auditiva, como la presente.

Al terminar la maraña que se me volvió el párrafo precedente, y no poder menos que deshacerme en excusas y pedir perdones mil, no nomás por él, sino asimismo por todo lo descoyuntado de giros, irases y demás componentes, movidos, con mayor o menor atollondramiento, a entrar en la formación de este estilo mío, género de escribir que a mí mismo me suena, unas veces, sólo a la natural desnaturalización de la divina lengua castellana por tantas y tantos voces y rumores del viento colado por entre las frondas de nuestros ahuehuetes, y otras, a bizarros tonos del más gentil galimatías vernáculo que jamás se haya escuchado en el seno de esta por más de un concepto docta Academia; al llegar a tal punto, digo, y ampararme de ello, entro, por fin, a decir lo que decir tengo de achaque de brómicos, que no es mucho, por cierto, según ya lo he dado a entender, y que se rebaja, como es natural, en cantidad igual a la de lo ya expuesto como perteneciente en común a ellos y sus congéneres los yódicos.

Empiezo copiando, un poco menos que a la letra, ciertos asertos recién escritos, en oportunidad no tan adecuada, en verdad, como la ocasión actual y que casi resumen cuanto de substancial tiene lo que, por hoy, me falta comunicar aquí sobre esta segunda parte de mi tesis; a saber:

“La superior eficacia de la bromocaseína, en comparación con la de cualquiera preparación bromurada, se ha visto bien clara en estudios de terapéutica experimental hechos en México, en casos donde, ya que no con diagnósticos sindrómicos firmemente establecidos, por no conocerse aún disyuntivamente la correspondiente sin-tomatología, cuando menos se ha presumido, no sin serias razones,

la existencia de hipobromismo o de alteraciones del metabolismo del bromo determinantes de desequilibrios funcionales, directos o indirectos, del psiquismo, la sensibilidad, la movilidad y aun de la inervación perteneciente a la vida vegetativa. Lo cual, llamado también a comparación con la historia de la medicación yódica moderna, en México, apoya la afirmación de existir, entre esto y aquello, más que analogía, similitud indudable.

“El bromo del organismo parece desempeñar importantísimo papel regulador del equilibrio funcional de todo el sistema nervioso, con especialidad de la porción cerebro-espinal; y, como medicamento, hacer el de admirable concertador de actividades psiconeuróticas tales como impresionabilidad exagerada, hiperemotividad, nervosismo, insomnio, estados de excitación o, al contrario, de depresión intelectual, etc., etc.

“Que el bromo, el más poderoso antiespasmódico conocido, parezca actuar unas veces restituyendo a los centros nerviosos superiores la fuerza frenadora necesaria para mantener la subordinación normal de los centros inferiores y de los músculos, y otras como moderador directo de reacciones reflejas, poco importa eso, para el caso, en la práctica médica cotidiana, necesitada tan a menudo de contar con un medio seguro de coercer el sistema nervioso, cuando éste da en reaccionar disparadamente en una o en otra dirección.

“Pero este efecto de la bromoterapia, que apenas permitía vislumbrar la hecha con los bromuros comunes, donde el bromo carece de libertad de acción, encadenado como está por la estabilidad del compuesto de que forma parte, se destaca con imponente elocuencia cuando resulta, como en la medicación bromocaseínica, de la acción libre y destrabada, por decirlo así, del precioso halógeno; además de no mezclada con la inútilmente activa de intrusos no siempre inoocuos y casi nunca deseables, como el potasio, el sodio, el estroncio, y demás semejantes.

“No parece, en consecuencia, ni atrevida, ni inconsistente, la previsión de que, en adelante, entre las mejor escogidas armas del arsenal terapéutico útil y eficiente del médico práctico, habrá de sobresalir el ayuntamiento bromo-proteína; esto es, un bromo sobradamente liviano para deshacer fácilmente su asociación, dejándose atraer y asimilar por las albúminas del organismo que lo soliciten; cosa, en fin de cuentas, que es cabalmente el caso de la bromocaseína, con la que, remedándose el de la yodocaseína, tanto se

van a poder llenar mejor las indicaciones ya conocidas, cuanto a facilitar el conocimiento de nuevas y no se podría decir todavía cuánto más valiosas aplicaciones de la medicación brómica."

A la transcripción precedente procede agregar que los efectos del bromo en muchos estados de excitación nerviosa, con especialidad la al parecer meramente psíquica, pero de carácter más o menos permanente, inducen a pensar que esos estados pudieran ser consecuencia de hipobromemia por hipobromosis, debida ésta a defectos del metabolismo del bromo.

Más aún. El psiquismo epiléptico, habitualmente diferente del normal, con frecuencia se ve claramente influido en sentido favorable por la medicación bromada. No bromurada. Dos epilépticos, bajo tratamiento brómico, reconocen serles entonces fácil, cuando antes difícil, dominar impulsiones torturantes. Un tercero, acerca de cuyo tétrico humor y carácter misántropo informa la familia estarse produciendo un cambio muy favorable, confiesa él mismo sentir que el bromo le disminuye el odio que siempre le había inspirado la humanidad. Un sujeto de los antes designados, con bastante propiedad, degenerados superiores, y hoy, con delicado y finísimo eufemismo, débiles de espíritu, se siente feliz de haber encontrado en el bromo un medio seguro de corregirse de una perversión sexual que lo había esclavizado desde púber. Casos son estos, de observación clínica pura, sobrado expresivos por sí solos, bien que con cuidado escogidos entre no pocos de aquellos que, se quiera o no se quiera, inducen a atribuir a particularidades individuales del metabolismo del bromo influencia considerable sobre ciertas mentalidades; en cuenta, las de bien numerosos sujetos que ostensiblemente no tienen ninguna "falla" psíquica. Tal es, por ejemplo, el caso de un abogado que con una sola dosis de quince centigramos de bromo combinado a la caseína se proporciona por dos o tres días una serenidad de ánimo, una imperturbabilidad tan completa (son sus palabras), como jamás lo había logrado por ningún otro medio, según lo afirma enfáticamente. Hizo el descubrimiento al prescribírsese el simple para llamar el sueño ahuyentado por preocupaciones de negocios. Estas no han menguado, pero ya no lo deprimen; el sueño respondió a medias, pero lo tiene ahora por bastante; y declara, como final, sentirse ya muy otro y muy feliz.

Por entendido que mi apreciación referente al papel que en los

casos expuestos y cualesquiera otros semejantes le atribuyo al metabolismo del bromo, no es cosa que afirmo, sino presumo. Exactamente igual a como cuando eché a volar tiempo a mi suposición relativa a la innegable acción del yodo sobre la troficidad de la piel y los manejos de ésta, en que el influjo del metabolismo de este otro simple es todavía más de presumirse, en mi sentir.

¿La manera íntima, el mecanismo de la actuación de cada uno de los dos consabidos metaloides, cuando ponen en juego las preciosas virtudes que los hacen a tal grado valiosos? Eso... allá vosotros, señores Académicos. U otros; puesto que lo mismo da para la conveniencia de la resolución de éste, como de cualquier otro punto científico cuestionable; más que no sea igual para mis vehementes deseos de que en esa resolución se destacara aunque sólo fuera un poco de pensamiento azteca. Por lo que a mí pudiera tocarme, si alguien dijere que yo también debería entrar en tales actividades, me anticipo a responder que ya estoy impedido para ello, en buena parte por lo viejo y en otra mayor por haberseme torcido el rumbo, como lo expresé aquí mismo la otra vez.

Lo cual no obsta para que a esta miscelánea de hoy le ajuste yo, a modo de remate, y encaje bien o no, la comunicación de una cierta idea que de mucho tiempo atrás me tengo formada. Tiene la tal sello homeópata y semblante de argumento de valor; tanto, que el mismo Hanhнемann no hubiera desdeñado hacerla valer como fuerte apoyo de aquella singular doctrina suya, hija de fantasía fecunda, vigorosa e inteligente. Doctrina sobre dada a luz en época propicia, presentada propiamente, con los adecuada vestidura y colores científicos coetáneos, como correspondía al indiscutible gran talento de su creador. Grandeza de talento que, considerada en justicia, jamás llegó a alcanzar la excesiva magnitud de la nesciente incapacidad de casi todos los homeópatas de todos los tiempos. Nesciencia ignorada por la grey de adeptos, que son el vulgo, y debida a la completa insuficiencia, cuando no a la nulidad de los conocimientos indispensables para saber hacer a un lado todo lo fantástico, que es muchísimo, y comprender y depurar el meollo, la substancia de la concepción hahnemaniana bien entendida; concepción que no sólo manda no estorbar, ni menos contrariar, sino, antes bien, respetar y aun, mejor, favorecer y reforzar los síntomas representativos de las reacciones naturales defensivas del organismo en su lucha contra

la enfermedad. Concepción lógica, sin duda; de fondo científico innegable; de amplio alcance terapéutico indiscutible; y que, precisamente por lo inconcuso de todos estos considerandos, ya de muy atrás ha entrado y pertenece al dominio de la medicina normal, como simple enseñanza de clínica terapéutica corriente, al paso que vive, si eso es vivir, asfixiada, inconocible y perdida en el estrambótico embrollo de la teratológica medicomanía homeopática tan lamentablemente engreída en nuestro medio, por lo propicio de éste, hay que confesarlo, a la fácil germinación y próspero desarrollo de calamidades tan grandes o mayores y hasta mucho mayores que esa.

Corto aquí este nuevo hilo entremetido, capaz de conducirme muy lejos, lo cual no quiero; y vuelvo a coger el que llevaba, pues tengo ya prisa de llegar a la terminación de este latoso discurso. Y de seguro, vosotros también.

Conforme a mi tal idea de marras, la mononucleosis, reacción orgánica defensiva, propia de la fimatosis, debe tenerse por indicación formal del empleo de medicamentos mononucleogénicos, es decir, de acción semejante y favorecedores, por lo tanto de una reacción necesariamente fimaticida, cuyo grado de potencia quedaría por determinar. Dicho lo cual, espero no se tome a mal la puerilidad de quedarme muy orondo por haber inventado esta oportunidad de espetar aquí mi famosa explicación homeopática de la acción antituberculosa específica del yodo.

Finalizo con una apreciación que nada, a fe, me importaría se volviera contra cualquiera otra de las que he expuesto. Pudiera ser que cuanto yo y otros conmigo estamos mirando al presente como cosa nueva en los resultados de la moderna terapéutica del bromo y el yodo, estuviera de absoluta o relativamente antiguo visto o cuando menos entrevisto, si no entre nosotros sí fuera de aquí. ¿Confirmárase así, una vez más, cuánta verdad encierra el viejo proloquio: **nihil novum sub sole?** . . . ¡Pues y qué! En último caso, aun sin contar con que entre ver y entrever la diferencia es grande, no por eso deja el interesante asunto de merecer nuevo estudio, revisión cabal, y, dado, por un lado, ya sea su olvido o bien su cognición poco extendida, y por el otro su trascendente importancia, más que merecer, exige, de parte de quien puede prestarla, la más completa y diligente atención. Como que las apariencias de riqueza de nuestro arsenal terapéutico no son más que eso: apariencias. Y cuando entre los

escasos valores de veras útiles y serviciales en el objetivo final de nuestro oficio, la terapéutica, hay algunos, como el bromo y el yodo, señaladísimos, es verdad pero con lados no todo lo bien escudriñados que se debiera, precisa trabajar con incansable ahinco en depurarlos acendradamente.

México, mayo 30 de 1934.

'EL MEDICO DE CABECERA'

Trabajo leído en la Sesión ordinaria del 26 de abril de 1933 en la Academia Nacional de Medicina de México, por el Académico

Doctor Daniel M. Vélez.

Es indudable (y repetirlo aquí es llegar hasta la saciedad e incurrir en un lugar común) que la medicina ha hecho grandes progresos de medio siglo a la fecha: se han descubierto nuevas vías, nuevos senderos iluminados por la diáfana luz de la ciencia cuyos brillantes destellos que la lógica y la experimentación han venido a consagrar, arrojan meridiana claridad sobre los distintos problemas que el hombre trata de investigar, aclarar, reducir a la expresión pura de la verdad y que en materia médica tienden a asegurar la salud del individuo y a prolongar su vida.

La investigación en medicina nos ha llevado fructuosamente a positivos adelantamientos en lo referente a diagnósticos clínicos y de laboratorio, y de aquí, como es natural, al perfeccionamiento de la terapéutica bajo todas sus formas, para lograr de tal suerte, la curación o el alivio de las enfermedades lo cual resulta misión muy alta y noble, avance progresivo, producto de la inteligencia humana encauzada por la ruta del bien. Pero aún es más, los progresos en medicina han venido a abrir nuevos horizontes y hacen inmensamente fructuosa la higiene, la prudente y discreta ciencia cuyo fin principal consiste en evitar las enfermedades; la ciencia del porvenir, porque ahorra sufrimientos y peligros al mismo tiempo que eco-